

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/275961108>

El Guamúchil de la Noria y el conteo de muertos: La matanza que nunca fue

Chapter · January 2011

CITATIONS

0

READS

352

1 author:



Froylan Enciso

Centro de Investigacion y Docencia Economicas (CIDE)

42 PUBLICATIONS 51 CITATIONS

SEE PROFILE

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



Sembradores de Paz [View project](#)



Drogas, narcotráfico y política en México: protocolo de hipocresía [View project](#)

La matanza que nunca fue

Froylán Enciso

Normalmente, Mazatlán recibe con calor y ganas de fiesta, pecho hinchado de música de banda, alegría maleconera, buena cerveza y el camarón que usted se merece. Aunque es turístico y pesquero, Mazatlán no es para un turista cualquiera, porque en este puerto se nos acendró una mezcla cultural que no todos disfrutan. Vida sensual, beisbolera, carnavalesca, sin miedo al *table dance*. En el pedazo de tierra designado a los hoteles, o “zona dorada”, el turista notará que el mazatleco no tiene la actitud sumisa de los pueblos coloniales o la proclividad a la sonrisa hipocritilla de la industria de servicios moderna. Disfrutamos tanto de la vida, que no nos da la gana tendernos de tapete. Es más fácil recibir comentarios desenfadados y bromas con risotada incluida. Si el turista va al centro histórico, notará una intensa vida cultural alrededor de la plazuela Machado, en el Teatro Ángela Peralta, los bares viejos de olas altas. Es una delicia notar que a los intelectuales y los artistas mazatlecos no les queda ser mamones y, si lo son, seguro es porque de una manera u otra se han “achilangado”. El turista más explorador —ese que no llega a los hoteles *all inclusive*— irá al mercado a comprar marlin y artesanías de concha o irá a la central camionera vieja para explorar la posibilidad de agarrar un camión hacia algún pueblo colonial rumbo

a la Sierra Madre. Si observa, ahí encontrará la mezcla entre la cultura de puerto y la cultura sierreña. No va a faltar el señor de sombrero y panza prominente que cuente alguna historia cándida de sus venidas al puerto, o la vendedora de nopales que baja del cerro todos los días para entretener a la clientela contando mentiras o mentando madres, o el muchacho de botas que pone cara dura para que no se lo chinguen y de paso ocultar que le tiene miedo a la ciudad, o la señora que se apura a comprar pan del puerto a sus chamacos antes de que salga el camión pasajero.

Cuando llegué de un viaje largo para pasar la Navidad el 22 de diciembre de 2009, Mazatlán me recibió con esa normalidad casi turística de no ser porque aquí nací y aquí vive mi familia. No se me ocurrió pensar en el narco, tema recurrente del sinaloense. Me fijé en las palmeras, en la desfachatez de mi hermana, en el cariño de mi mamá, en el pavimento —novedad frente a mi casa en la colonia Pancho Villa—. Desfilaron los amigos inmediatamente. Llegó uno de mis amigos del barrio. Platicamos de lo de siempre. Que si el matrimonio del amigo, que si la fulanita o el mengano se conocen o nos conocen desde la secundaria, que si el pariente que está en la cárcel necesita nuestra solidaridad, que si el vecino salió de la cárcel y regresó de Estados Unidos para seguir tan locuaz como siempre. Se me ocurrió mencionar el rancho. No lo hubiera hecho.

Está cabrón para la sierra, esos pueblos están bien calientes. No ves que el Chapo anda encabronado con los Beltrán Leyva. Ahora que mataron al Arturo Beltrán en Cuernavaca, los quiere barrer a todos, al Chaguín principalmente que es el que les maneja todo por acá a los Beltrán. Se puso cabrón en la mañana, como no tenían camionetón o de perdis alguna carcacha que aguantara la terracería, la gente del Tecomate tomó el camión pasajero en la central. Algunos venían de una boda. La han de haber pensado dos veces antes de subirse con el crudón. Pero ahí se fueron. Eran como 35 pasajeros. Antes de llegar a El Guamúchil el camión fue interceptado por 40 pistoleros vestidos con ropa tipo militar. Los bajaron a todos amedrentándolos a punta de metralleta, y los llevaron a un escondite donde los tuvieron hasta pasadas las tres. El

chofer ahí se quedó. Dicen que lo obligaron a que llevara a los empistolados a El Guamúchil. Son como gavilleros. Andan en guerra. Traen casitas de acampar y todo, como si fueran guerrilleros, son puros Zetas.

¿Qué no dices que son gente del Chapo? Se supone que el Chapo está peleado con los Zetas, ¿no?

Es que son oaxaquitas que contrató el Chapo.

Bueno, pues, si son oaxaquitas, seguro no son Zetas; esos andan más para el norte.

Así se les dice a los soldados del narco. Todos los matones que traen los contratan en el sur. Hasta crees que van a hacer el trabajo ese ellos.

Chale, pues está cabrón. Ahora resulta que ésta se está volviendo una guerra colonial. El Ejército trae a una bola de soldados con cara de indios, y como los sinaloenses no sabemos ser racistas también contratan indios para que maten a otros en el negocio y a los soldados. Indios matando indios. Nomás eso nos faltaba.

Pos no sé de eso, pero el caso es que los pistoleros llegaron a El Guamúchil. Dicen que ahí estaba clavado el Chaguín. Pero cuando llegaron no lo encontraron. Entonces se encabronaron y balacearon las casas. Ya cuando vieron que no iban a agarrar a nadie se retacharon en camión pasajero, pero en el camino el Chaguín les puso una emboscada y los mataron a todos. Lo quisieron sorprender y se las regresó. Ametrallaron el camión donde venían los matones y le prendieron lumbre, que hasta granadas le echaron. Dicen que murieron como 40 pero a mí se me hace que fueron más.

La visita me dejó mortificado y como con pendiente. Me metí al internet, para ver que decían los periódicos. Lo primero que encontré fue una nota de *El Debate*, periódico local priista. Era un artículo mal escrito para que se publicara al día siguiente:

La Secretaría de Seguridad Pública y Tránsito Municipal a través de su Departamento de Prensa confirmó que las fuerzas del Ejército que llegaron por la tarde al poblado de Guamúchil de la Noria, donde se presumía que había ocurrido un enfrentamiento armado y que se decía que había varios muertos, no encontraron ni muertos ni heridos. El repor-

te que se generó al mediodía de ayer martes, de que en el poblado en mención había muertos, no fue tal. El personal del Ejército, alrededor de las 19:00 horas, sólo encontró un arma larga y un carro que resultó con reporte de robo.

Ahora resultaba que la matanza no había ocurrido. Desde que subieron la nota, los comentarios mazatlecos no se hicieron esperar. Era ridículo. El primer comentario fue de un supuesto seguidor de los “chaguines” que andaba en pie de guerra; quería gritar el triunfo.

QUÉ 20 NI QUÉ 40 HAY MÁS DE 100 MUERTOS. YO SÉ POR QUÉ SE LOS DIGO. SI EL RECONOCIMIENTO QUE HICIERON LOS GUACHOS FUE PASAR UNA VEZ POR EL AIRE. Y ESO ES LO QUE ALCANZARON A VER. ESPEREMOS MAÑANA LAS NOTICIAS COMPLETAS, SEÑORES, Y TODAVÍA LOS QUE QUEMARON EN EL AUTOBÚS Y LA CAMIONETA.

Se repetiría el pleito en el *blog*. El tipo que puso el comentario sabía que a los chapos y a los mayos les iba a caer en el hígado sus palabras. Se los habían chingado y se los iban a chingar otra vez, aunque tuvieran al gobierno de su lado. Chaguín o no, el comentario se convirtió en la verdad del puerto desde muy temprano. Había más muertos de los que se podían contar. Todo mundo sabía que los guachos —soldados— y los policías eran unos cobardes. Fueron en helicóptero y en carro. No encontraron los cuerpos en el pueblo, así que decidieron regresar antes de que se hiciera noche. Como chamaquitos con miedo a la oscuridad se regresaron sin investigar. Las especulaciones eran la información en mesas, poltronas en los corredores, conversaciones callejeras, comentarios de camión. Se decía que quizá “el gobierno” no quería darle publicidad a este movimiento de la gente del *Chapo*. Se decía que el Ejército estaba tan vendido como las policías locales. Que los “chaguines” eran muy valientes, estaban bien locos, quizá más locos que la “gente nueva” del *Mayo* y el *Chapo*. Que el *Chaguín* se iba a recuperar o que lo iban a matar con crueldad tar-

de o temprano. Si la Marina ya había matado a su patrón, ¿cómo iba a ser que se quisiera salvar él? Si Arturo Beltrán no era inmune. ¿Por qué lo habría de ser su achichinle?

Un seguidor del cártel de Sinaloa contestó al seguidor del *Chaguín* en la página de *El Debate*.

Si serán pendejos chaguines. Ahí les demostraron que esa gente tiene huevos para pelearles a ustedes, culones. Bajen a Mazatlán nomás se la pasan atacuachados en la sierra donde pueden ver desde lejos... Dicen nos agarraron desprevenidos ¡Los agarraron tragando monda muy orgullosos de que mataron esa gente! ¡Pues si serán muy bestias! ¡Si no los hubieran venadiado! Bueno, yo no tengo nada que ver en esto, pero no quiero perros Zetas extorsionadores en Maza...

La sierra está arriba. Mazatlán abajo, dizque civilizado, hasta la madre de la violencia. La cultura de los colonizadores en las montañas está fuera de los círculos de conexión con la globalidad del puerto. El puerto es la puerta del mar, y la sierra está aislada. Así fue desde que los gambusinos de ojos verdes se quedaron colgados de sus sueños de fortuna en los cerros de Sinaloa durante la Colonia. Los “chaguines” están colgados en esos mismos sueños de fortuna, pero el verdadero negocio está abajo y no arriba. Ahí se van a quedar colgados, porque desde el puerto se puede combatir con las armas de los que sí saben dialogar con el poder. Los “chaguines” mataron a los matones del cártel como se matan venados. En la sierra todos son animales. En el puerto se mata diferente. Ahí sí hay gobierno, se puede pactar con elegancia; ahí sí se puede jugar humanamente con arena, no con lodo, piedras, breños. Con mentalidad empresarial y regla predecible, no con instinto de cazador nómada. Aquí en el puerto somos gente, no bestias, y aunque se junten con las bestias de los Zetas no pueden ganar; no se puede civilizar a los tacuaches huevones.

Cuando amaneció, el puerto discutió también sobre el hartazgo. Se notaba que los chapos y los mayos ya habían pactado con el gobier-

no para acabar con la gente de Beltrán. Se decía que ojalá pasara. Los Zetas con los Beltrán y los “chaguines” se equivocaban al extorsionar gente. No era posible. Se notaba que habían declarado una guerra sin haber establecido un sistema de abastecimientos de sus ejércitos. Eso les iba a tronar tarde o temprano. Y ojalá que fuera temprano. ¿Por qué habría de pagar esta guerra gente inocente? Era mejor que los chapos y los mayos ganaran y centralizaran el negocio. Si ya lo habían pactado, quizá volvería la paz aunque fuese por un rato.

Unos minutos después agrega a la discusión un ciudadano del puerto:

Esta gente de Sinaloa tiene mierda en la cabeza, ¿cuándo van a agarrar el rollo de que lo que deben de hacer es unirse, no destruirse? En Sinaloa sólo se vive para matar, o morir en dado caso de que no sepas usar un arma. Lo más seguro es que no sepan, porque la mayoría de los sicarios no saben ni como se llaman. Actúan como animales (en sí, pues es su naturaleza). No existen ya los señores de la mafia, sino una bola de cabrones que nomás tiran balazos a lo pendejo, ya que ni tirar bien saben, matando así a gente inocente. Y me está mal decirlo pero que maten a todos los putos narcos, que no son ningunos santos. Para muestra está la muerte de los familiares del marino, que sin deberla ni temerla los mataron, por qué no son tan hombres y le tiran balazos a los marinos, porque son cabrones y saben que se los van a chingar. Un saludo a todos los narcos... Vayan y chinguen mucho a su madre.

Capitalismo salvaje y decadente. Contradicción intrínseca. La unión hace la fuerza, pero de paso aprovecha el “divide y vencerás”. Desde la supuesta tranquilidad de la economía legal, a ras de un suelo pobre pero honrado está la gente trabajadora, en la desunión hay arriba y abajo, la sierra y el puerto no son la misma cosa. Otro gallo nos cantara si pudieran juntarse para actuar como empresa decente. Si van a ser así de incontrolables, de impredecibles, de incivilizados, mejor que se mueran. Si no son empresa decente mejor

que se mueran, porque fuera del comercio justo y pacífico sólo hay maldad. Que maten a los malos para que se salven los inocentes. Nosotros los inocentes nos vamos a salvar. Si mataron a Beltrán, es porque era de los malos. Si matan a un marino que ayudó a matar a Beltrán y quizá le acomodó billetes para que impresionara en la foto, es símbolo de que los inocentes nos vamos a salvar. Y que se callen los que dicen que el gobierno federal tomó partido y por eso *el Chaguín* anda a salto de mata.

Los comentarios fueron cayendo con pasión prisionera toda la noche. Que si la gente de arriba cuida a sus narcos. Que no es cierto, porque entre la gente de arriba hay de todo, no nomás raza bien leña, plebada cabrona. Que si los inocentes pueden ser tan de arriba como de abajo. Que si el gobierno está con los de abajo es porque antes estuvieron con los de arriba. Que si el gobierno en Sinaloa se merece lo que les hicieron en Michoacán. No, porque el gobierno en Sinaloa sí tiene ley, pero no es la misma ley.

De pronto me percaté de que hay un desentendido. ¿De qué hablan? Díganme quién es toda esa gente de arriba y quien es “la gente nueva” de los de abajo. No ven que no entiendo y quizá soy antropólogo gringo y quizá me tengo que dormir temprano para tomar mi clase de *pilates* al amanecer. Muy fácil le contestan. Los “chaguines” son gente que conocemos... *Juan Pablo, hombre pilas, alegre y enamorado. En Mazatlán sépase lo miran en todos lados. Nació en el Potrerillo muy cerquitas de San Marcos. Dice mi compa Juan Pablo: “Yo no ocupo darle al perico para andar en el desmadre, no porque no le hago nada jamás me agarran cansado. Se amanece con la banda junto al Chaguín. Con su escuadra fajada, la brújula ha de seguir junto con su hermano... Ahí quedo, arriba los Beltranes putonesssss”.* Los “chaguines” no son la gente nueva. La gente nueva trabaja para el otro bando. *Le dicen la Gente Nueva porque no han pasado por las armas; están quinturris todavía, ¿verdad? Jajajaja. ¡Qué gran sentido del humor!*

Aunque fueran perseguidos, los “chaguines” no se quedaban callados, porque en esta vida todo se sabe, especialmente los heroicos triunfos de la derrota anunciada.

MAÑANA VAN A SALIR EN TODAS LAS NOTICIAS SEGURAMENTE Y VAN A VER LO QUE LES DIGO. SON CERCA DE 100 MUERTOS. YA NO SABÍAN NI PA' DÓNDE CORRER. POR EL RÍO PARECÍAN LIEBRES Y LOS DEMÁS PURO AUXILIO GRITABAN Y HASTA TIRABAN LOS RIFLES. UNA ANÉCDOTA CURADA ES QUE LOS PLEBES DEL CHAGUÍN NO QUISIERON NI AGARRAR LOS RIFLES DE LOS 40 CABRONES QUE QUEMARON... JA JA... ¡QUE PORQUE ESTABAN SALADOS Y NO TRONABAN! JA JA, CHALEEE, VATO... PERO POS LAS DEMÁS SÍ LAS TOMARON PORQUE TAMPOCO HAY QUE DESPERDICAR. MUCHAS GRACIAS SR. CHAPO GUZMAN Y SR. ONDEADO POR LOS RIFLES MENOS ESOS 40 QUE SE QUEMARON JUNTO CON LOS GUACHITOS FALSOS.

Los medios de comunicación pontifican la realidad. Porque la realidad fue más cabrona de lo que dicen éstos, van a ver que salimos victoriosos, les vamos a dar miedo, así como se da cerveza a la gente del rancho en fiesta, así como se dan balazos al cielo para recibir el año nuevo, así como se da dinero al ahijado bien portado, así como se dan gritos para pedir de comer en la casa. Cuando amaneció, la matanza cundía de boca en boca con esas ganas frescas de pleito, con ese miedo horrible en el ambiente, con ese morbo sórdido con el que comulgamos, a veces, los hermanos, en medio del calor tropical.

* * *

Para 2008 se sintió ya otra guerra interna en el narco sinaloense. Se sabía que afectaría la vida local y los mercados de drogas. La clave entre chismosos y mitoteros era que después de las matanzas que se suscitaron por los operativos ordenados por Felipe Calderón desde finales de 2006, se atizó la guerra entre el grupo de Sinaloa y el cártel del Golfo —con todo y su brazo armado, los ex militares entrenados en Estados Unidos, los mentados Zetas—. En el camino, la pugna creó desencuentros entre los Zetas y el cártel del Golfo y mayores enfrentamientos con el de Sinaloa. Al principio, el pleito se resolvió

en una reunión entre los líderes de ambos bando a finales de 2007. Se creó la llamada Federación, intento de centralizar el mercado de producción y, sobre todo, de trasiego de drogas en una sola organización. Sin embargo, a los pocos meses ocurrió un par de hechos que dividieron a los sinaloenses, quienes siempre se han caracterizado por su habilidad para negociar: la aprehensión de Héctor Alfredo Beltrán Leyva y la liberación de un hijo de Joaquín Guzmán Loera seguida del asesinato de otro de sus hijos.

Los diarios reportaron desde el 22 de enero de 2008 que el Ejército mexicano había afectado el acuerdo interno del cártel de Sinaloa cuando detuvieron a Héctor Alfredo Beltrán Leyva, conocido como *el Mochomo*. El despliegue militar por avenida Juan de la Barrera en la colonia Burócratas de Culiacán impresionó. Fueron muchos soldados, bien armados en flamantes Hummers y nadie sufrió ni un rasguño. Así nomás. Lo agarraron dizque mal parado y lo trasladaron a la Ciudad de México en un avión militar en que caben 200 personas. El embajador de Estados Unidos salió a felicitar luego, luego. “Cuando México captura a criminales como los Beltrán Leyva, la gente de Estados Unidos también se beneficia.” La operación militar, y luego policiaca, parecía un negocio bien logrado para legitimar la mentada guerra contra el narco. La aprehensión del *Mochomo* era un golpe para los sinaloenses. Junto a sus cuatro hermanos, Arturo era de los que sabían llegarle a la gente en zonas productoras y tenía grupos de sicarios que podían hacerle frente a los sanguinarios Zetas. *El Mochomo* lideraba grupos de pistoleros como *los Pelones* en Guerrero y *los Güeros* en Sonora. Más de una vez ya les habían causado bajas certeras a los Zetas, como en esas famosas balaceras en Guerrero en 2007. El operativo de aprehensión era demasiado perfecto para ser verdad única.

Poco después, el 11 de abril de 2008, se supo que Iván Archibaldo Guzmán Salazar, hijo del *Chapo* Guzmán, sería liberado luego de exonerársele del susodicho crimen de lavado de dinero y uno que otro homicidio. Extrañamente, ni la PGR ni las procuradurías de los estados presentaron otras averiguaciones en su contra. Supuestamen-

te los crímenes de Iván Archibaldo tenían un toque internacional. Lo acusaban de matar a la canadiense Kristen Paige Deyell y a César Augusto Pulido Mendoza la madrugada del 23 de abril de 2004, en las afueras del Balibar, en Zapopan. Además de la canadiense y el mexicano, decían que había matado a otros dos en Texas en febrero de 2006, porque debían dinero de algún contrabando. El procurador de Jalisco, Tomás Coronado Olmos, salió a decir que “el juez de la causa consideró que no había los elementos suficientes para inculparlo”. Tampoco había trámite de extradición por parte de Estados Unidos, donde su padre apareció en las listas de los ricos del mundo en *Forbes* y por quien el FBI ofreció una recompensa de cinco millones de dólares. Todo empezaba a tener sentido para los sinaloenses. Se comentó que *el Chapo* entregó al gobierno federal al *Mochomo* a cambio de la libertad de su hijo, que por eso no hubo tiros en la aprehensión, ni dificultades legales en la liberación. De paso consiguió debilitar a los hermanos Beltrán Leyva, que se estaban convirtiendo en competencia dentro del cártel.

La venganza de los pistoleros de los hermanos Beltrán Leyva no se hizo esperar y mataron a un hijo del *Chapo* en Culiacán el jueves 8 de mayo de 2008. Declararon la guerra. No mataron a Iván Archibaldo, sino a Édgar Guzmán de 22 años, quien estudiaba administración de empresas en Culiacán. Junto a él, murieron su primo César Ariel Loera Guzmán y Arturo Meza, hijo de Blanca Margarita Cázares Salazar —mejor conocida como *la Emperatriz*, por su habilidad para el lavado de dinero, iniciado cuando cambiaba dólares en el mercado de Culiacán—. Ese año no se celebró el Día de las Madres y el nerviosismo puso denso el aire de Culiacán. Días antes y días después habían aparecido mantas que infundían realidad a lo que todo mundo sabía: *el Chapo* y los Beltrán habían roto relaciones: “Soldaditos de plomo, federales de paja... aquí el territorio es de Arturo Beltrán”. “Agárrense, gobierno unido al *Mayo*; Agárrense, chapos y zambadas; despertaron al monstruo de los cielos, y niño sólo hay uno, el cual mataron unos perros traicioneros y ése sí era de oro.”

Los policías estaban muertos de miedo; algunos renunciaron y otros construyeron barricadas con costales de arena frente a la oficina central de la Ministerial de Culiacán. En junio y julio la batalla se trasladó a la arena política local. El gobierno del estado vinculó al grupo político del ex gobernador Juan S. Millán con los chapos y los zambadas. Filtró información a la prensa. Esta movida se comentó como parte de una estrategia del equipo del gobernador Jesús Aguilar que beneficiaría a los Beltrán —consecuencia buscada o no—. El gobierno federal, por su lado, envió el operativo Culiacán-Navolato que atizó la violencia. Parecía que el apoyo popular a los narcotraficantes disminuiría por el aumento de la violencia, mientras los narcos, por su lado, en septiembre, organizaron protestas en que participaron más de dos mil personas en Culiacán contra los cateos policíacos y el Ejército.

Durante julio y agosto, la violencia también se extendió a Mazatlán. Eso provocó el rompimiento de la élite empresarial sinaloense con el gobernador Aguilar. El 12 de julio, luego de asesinar a un comandante de la policía municipal de Mazatlán, unos pistoleros se atrincheraron en el restaurante El Bambú, donde tomaron a los comensales como rehenes. Hubo una larga persecución hasta la liberación de los rehenes. Al final quedaron dos, el dueño del restaurante La Puntilla, Óscar Tirado, y un mesero. Liberaron al dueño, pero ya nadie supo nada del mesero, quien debe andar por ahí. El pánico se apoderó del puerto. Cundieron balaceras en que policías de todos los niveles caían como moscas.

En ese momento, dejé Sinaloa por un rato. Fui a la Ciudad de México y preparé el viaje hacia Nueva York. Septiembre fue el mes de las balaceras en Mazatlán y eso me atosigaba desde lejos. Las voces críticas sobre la guerra de Calderón y la complicada relación entre quienes están metidos en el negocio y quienes no lo están nunca aparecían en el panorama intelectual y cotidiano de Estados Unidos. Baños de sangre en mi tierra que se reproducían en diarios y noticieros gringos. Nada más. En octubre y noviembre llegaron las

noticias de la aprehensión en la Ciudad de México de Jesús Zambada García, operador del *Mayo*; de Eduardo Arellano Félix en Tijuana, y de Jaime González Durán del cártel del Golfo. Estos golpes, que parecían diversificar los golpes de la guerra de Calderón, sin embargo, no disiparon el halo de sospecha sobre su quizá no buscada preferencia sobre el cártel de Sinaloa.

Cuando regresé en diciembre a pasar la Navidad, las noticias de sangre se mezclaban con la discusión política. Que si el gobernador se negaba a reconocer que el rancho en que levantaron a 27 jornaleros el 9 de noviembre era de los Carrillo Fuentes. Que si el nuevo procurador Alfredo Higuera Bernal fue invitado de la boda del *Chapo* en Durango. Que si el alcalde de Navolato estuvo involucrado en la desaparición de Cruz Carrillo. Que si el presidente de la Asociación Ganadera era narco y por eso lo mataron. Que si el Ejército está lleno de abusivos que matan y roban a inocentes. Los periódicos locales registraron 1167 muertos en el estado, el doble de lo normal.

El verano de 2009, cuando tuve vacaciones, regresé. Las muertes por la guerra del cártel y la guerra de Calderón se habían “normalizado”, pero con el doble de muertos. Quizá habían impuesto una normalidad nueva, pero la novedad era el encrespamiento político. Recorrí el estado, de la sierra al puerto, del puerto a la capital y de vuelta a la sierra donde el clima, a pesar de los pronósticos de la élite intelectual sinaloense, era templado. El gobernador Aguilar estaba agarrado de las greñas del ex gobernador y su ex padrino, Juan S. Millán. Diferían en la discusión sobre quién sería candidato del PRI a la gubernatura.

Millán apoyaba a Mario López Valdez, contador y empresario de los Mochis que había sido alcalde de esa ciudad y en ese momento fungía como senador de la República. En Culiacán, se decía entre analistas y eminencias grises que este hombre representaba no sólo el pacto con el PRI de Manlio Fabio Beltrones, sino el fortalecimiento de los chapos y los mayos. Si no lograba la candidatura, se lanza-

ría por el PAN en alianza con el PRD de ser necesario. Por su lado, el gobernador Jesús Aguilar Padilla apoyaba a Jesús Vizcarra Calderón, quien estudió hasta el primer semestre de agronomía, es gerente y accionista mayoritario del grupo VIZ y alcalde de Culiacán. Se decía que él representaba el último bastión de apoyo local a los Beltrán, a pesar de que *Reforma* había publicado una foto —posiblemente filtrada por Millán— de Vizcarra con *el Mayo* en una ceremonia religiosa. También se decía que él tendría el apoyo del ala corporativa del PRI de Beatriz Paredes para obtener la candidatura.

La Navidad de 2009, cuando regresé, las cosas no habían cambiado gran cosa en la política sinaloense. El aislamiento del candidato de Millán se volvía más evidente y se abría una posibilidad para muchos impensable: la alianza del PAN y el PRD a su alrededor. Había hecho escala en la Ciudad de México, donde la noticia de la muerte de Arturo Beltrán Leyva a manos de la Marina de México el 16 de diciembre de 2009 en Cuernavaca dominaba los titulares. Los Beltrán estaban acabados. Les mataron a su gallo. La cobertura periodística de la muerte de Arturo fue avasalladora. Todos los diarios reprodujeron los decires de la PGR, la Marina, el presidente. La ilustración de los artículos fue desconcertante. El cuerpo de Arturo quedó bañado en sangre. Mientras se secaba, la sangre había quedado viscosa, embarrando la piel y las ropas raídas. A alguien entre los marinos y los policías se le ocurrió que sería buena idea adornar el cuerpo con los objetos incautados. Entre tres movieron el cuerpo, le bajaron los pantalones, hicieron una toma poniendo joyas sobre el cadáver, luego otra colocando billetes de 500, mil y algunos dólares. Las fotos produjeron escándalo.

Durante el operativo para matar a Arturo, murieron dos marinos. El 19 de diciembre, la Marina los enterró con honores. En Tabasco, Irma Córdova, madre del infante de Marina, Melquisedet Angulo Córdova, “caído en el cumplimiento de su deber”, recibió una bandera, pensión vitalicia y el homenaje de autoridades militares a cambio de su hijo. Un par de días después, a la medianoche del lunes 21

de diciembre, Irma, sus hijos Yonidavei y Benito, y su cuñada Josefina Angulo fueron asesinados en el ejido Quintín Arauz, Tabasco. Se dijo que fueron los Zetas, fieles aliados de los Beltrán que controlaban el estado. Felipe Calderón condenó el mensaje vengativo. En un discurso en el Estado de México, el 22 de diciembre, mientras regateaba apoyo priista en el Congreso, se echó otro discurso.

En la preservación de las libertades, por cierto, están empeñados miles y miles de mexicanas y de mexicanos. Y en su nombre y en su honor, es mi deber también hoy expresar mis más sinceras condolencias a la familia del maestro Melquisedet Angulo, a la Marina Armada de México, por un artero ataque perpetrado en la noche, en el que perdieran la vida miembros de la familia de este marino, a su vez fallecido en el cumplimiento del deber. Un acto por demás cobarde y deleznable. Estos condenables hechos son una muestra de la falta de escrúpulos con la que opera el crimen organizado, atentando contra vidas inocentes, y no pueden sino hacer reforzarnos, en el afán de desterrar tan singular cáncer de la vida social. El Estado mexicano tiene la obligación de preservar las libertades conquistadas por nuestros héroes y, en consecuencia, aplicar el peso de la ley contra quienes quieren ver canceladas esas libertades. No habremos de amedrentarnos por criminales sin escrúpulos, como quienes cometen tal clase de barbarie. Quienes así actúan, merecen el repudio unánime de la sociedad y merecen pagar por sus crímenes. Somos muchos más las mexicanas y los mexicanos que queremos un país de leyes, un país en paz, un país con orden, como lo soñara y luchara por él, precisamente, José María Morelos.

Los periodistas secundaron el llamado y en manada se fueron a cubrir la nota en Tabasco.

Mientras tanto esa mañana, el secretario de turismo de Sinaloa, Antonio Ibarra —a quien el Ejército inspeccionó en su vivienda la semana que mataron a Arturo—, fue asesinado en la avenida Álvaro Obregón de Culiacán. El asesinato fue percibido como un segun-

do mensaje vengativo, aunque no necesariamente de los Beltrán. La nota también fue cubierta por la prensa nacional, aunque sin prioridad. Mientras tanto, en Cuernavaca apareció una pancarta de “La Empresa” en respaldo a Édgar Valdés, mejor conocido como *la Barbie*, uno de los jefes de sicarios de Arturo. Se mostraban preparados para apoyarlo en la guerra contra las autoridades. En los periódicos se había dicho que Arturo ofreció hacerse cargo de la seguridad de Morelos si lo dejaban trabajar. El gobernador panista Marco Antonio Adame contestó que no existía este pacto, pero aceptó que la corrupción permitió a Arturo y a su gente operar con soltura en Morelos.

* * *

Luego de revisar obsesivamente la internet durante la noche, mientras tomaba café y platicaba con mi mamá, nos interrumpió un “¡Cooorre la sangre!... ¡Cooorre la sangre!” El grito me regresó a la infancia. Todos los días por la mañana así se ha anunciado la llegada del periódico en Mazatlán. No todos los días se compra el periódico, pero este día era necesario. Necesitábamos, al menos, lucubrar hacia dónde se dirigía la guerra en el estado. Necesitábamos saber si había esperanza de que se calmara la cosa, o si íbamos a continuar así como estábamos, cuidándonos los unos a otros en la danza de los francotiradores y las balas perdidas. No había gran novedad. Se hablaba de las notas nacionales sobre la ola de venganza de los Beltrán, pero sin mencionar la guerra a ras de suelo que se estaba viviendo en la sierra de Sinaloa. Las noticias del día sólo incluían el primer reporte de la movilización policiaca y militar hacia El Guamúchil sin detalle ni notas investigativas, sin la sed de verdad que a uno apresa cuando hay incertidumbre. No nos sorprendió, sin embargo, la falta. Es normal que sólo se cubran las noticias que rebotan los políticos y las policías. No hay periodismo de a pie, y dadas las condiciones en que los periodistas ejercen el oficio, no es para menos.

Carajo, pos esto está como en los ochenta, ¿no?

Uy, no, está peor.

¿Cómo está eso? Yo siempre me acuerdo de cómo, cuando estaba chico, decías que en los ochenta, con Toledo Corro de gobernador, no te daba tanto miedo que te pasara algo sino encontrarte otro muerto cuando caminabas en la noche cuando salías del trabajo.

Pues no, ahora está peor; no me da miedo encontrar los muertos, pero que nos vaya a pasar algo a mí y a tu hermana. Las cosas no son como antes, ahora tenemos miedo hasta de salir a la calle. Ya ves como es tu hermana de pachanguera. Ya le dije que un día de éstos le va a pasar algo.

Pues sí, pero qué le vamos a hacer. Tampoco puedes vivir con miedo todo el tiempo. Mi hermana sabe cómo está la calle, y a lo que se atiene, ya no es una niña.

Ay, ya sé mi'jo pero me pongo nerviosa. Ya te conté del día en que le tocó la balacera, ¿no?...

Y así seguimos con el anecdotario de balazos y muertos y falta de respeto por los que no están metidos en el negocio. Durante la mañana y hasta entrada la tarde los comentarios de la matanza se empezaron a mezclar con quejas de la muerte de Melquisedet, el marino que había matado a Arturo. *Esas son chingaderas. Mataron hasta a la mamá. Eso no se hace. Los Zetas son unos culeros que le están siguiendo el rollo a los Beltrán. Si ya se sabe que no la van a armar, ¿por qué la cagan así? Con esto, con más razón el gobierno se va a poner con el Chapo.*

Me quedé inconforme de no saber más. Por la tarde revisé las noticias de nuevo. En la Ciudad de México, *La Crónica de Hoy* anunció que “un enfrentamiento entre bandas rivales en la zona serrana de Sinaloa dejó como saldo al menos 20 personas muertas, aunque extraoficialmente se hablaba de 40”. Se notaba que éstos no sabían de qué estaban hablando. Quién sabe de dónde habían sacado las cifras. No tenían ni idea de qué bandas rivales se trataba. Era una nota de periodismo ficción. Por su lado, *El Universal* dijo que, tras rumores de 35 muertos en la sierra, militares encontraron un camión de pasajeros incendiado y baleado con un cuerpo calcinado dentro, y que la policía estatal encontró otro muerto en el poblado de El Guamúchil. “Sólo hallaron a un anciano y varias viviendas presentaron disparos de balas,

pero no encontraron más cuerpos. Moradores de pueblos de los alrededores señalan que fue un enfrentamiento entre dos grupos armados y que cada quien cargó con sus muertos.” ¿Sólo un cuerpo? No podía ser. Los hacedores de la verdad se evidenciaban ante la verdadera verdad del puerto. Nadie nos puede venir ahora con este cuento.

Eran las primeras noticias que se colaban a la prensa nacional. Estaba seguro de que *El Debate* o *El Noroeste* tendrían más información. Efectivamente, tenían más información, pero no sobre la matanza. Ambos periódicos se centraron en repetir los reportes policíacos. La nota de *El Noroeste* sintetizaba la increíble noticia en la primera línea: “Dos personas muertas, un camión de pasajeros quemado, varios inmuebles baleados, cartuchos y artículos bélicos decomisados fue el saldo del cruento enfrentamiento entre integrantes del crimen organizado suscitado la mañana del martes, en la zona serrana de la sindicatura de La Noria, Mazatlán”. La queja de los mazatlecos fue directo a la yugular: “A VER NOROESTE, ¿A QUIÉN LE CREO? *EL DEBATE* Y *EL UNIVERSAL* DICEN COSAS DIFERENTES EN SUS PÁGINAS WEB”. Los comentarios sobre la posible complicidad del gobierno se multiplicaban por minuto. El tono de indignación frustrada se tornaba burla. La insatisfacción se volvía la verdad de nuevo. No hay instituciones. No hay que confiar. Al final de cuentas no hay justicia, porque la justicia que se puede conocer no pasa por autoridades y medios de comunicación vendidos. El sentido común, el corridillo de calle, la fe en la comunidad y la información de casa es lo único confiable. El enemigo siempre estará afuera, en su escritura, en sus pies de fotos que siguen la lógica del ocultismo, el malabarismo semántico que sólo juega a favor del poder. En la red social, los conocidos podemos encontrar paz y solidaridad y que lo demás se vaya al carajo...

...Yo tengo conocidos en la Noria, y me contaron algo muy diferente desde ayer. Me dijeron que hubo un enfrentamiento, y que hubo de perdida 60 muertos; que en el camión iba una gavilla y se toparon con otra y los balacearon arriba del camión. Desde arriba les respondieron y

unos bajaron. Que se hizo un zafarrancho bueno y que duró un montón el enfrentamiento. Que ya que no había nada cuando llegaron los soldados y cercaron la zona... pero bastante amplia la cerca. Y que estaban enterrando cuerpos (todo esto me lo dijeron desde ayer). Que lo más seguro es que nada más fueran a decir que hubo unos 10 muertos o algo así, y resulta que murieron dos. Hubo alrededor de 100 sicarios en una balacera que duró al menos 20 minutos, a unos los balacearon antes de bajarse del camión y sólo dos muertos ja ja ja ja... Además esto de la balacera del camión. En las fotos del *Debate* en línea se ve que tomaron fotos nada más de frente y de atrás del camión para no mostrar los balazos, pero en una de lado de la parte de hasta atrás del camión se observan de perdida unos 10 impactos de bala. Como todo, esta noticia esta muuuuuy pero muuuuuy distorsionada. No quieren que se sepa la verdad... En realidad murieron alrededor de 60 gavilleros...

El Debate, efectivamente, había publicado una nota similar y con fotos parecidas a las de *El Noroeste*. La dosis de suspicacia se repartió parejo como queja general. En una de esas todos son la misma cosa. Se entiende que los políticos, los guachos, el gobierno, jueguen al autoengaño, pero ¿también los periodistas? Deberían informar los hechos y no sólo repetir los reportes policiacos. *Hola, que mala información tienen. El día de ayer tenía reportes de que era oficial. Hoy en día dicen que el ejército reporta que nada; El Universal reporta la balacera y un muerto, ¿a quien se le puede creer? Sólo son periódicos chayoteros que viven del gobierno. ¡Puros de esos en Sinaloa! ¡Puros reporteros de comunicados y traspasarlos, no podrán hacer trabajo de campo o de inteligencia! ¡Qué pena! ...Es que los malditos periódicos y los del gobierno limpian todas estas noticias; son unos corruptos de mierda...*

Mientras leía, recibí la llamada de un amigo periodista.

¿Qué pedo cabrón, cómo estás? Te pierdes güey.

Aquí ando en Sinaloa. Es que llegué y nomás he estado con la familia. ¿Dónde estás? Deberías venir a Sinaloa. Está cabrón. Hacén falta periodistas acá.

Viste lo del marino Melquisedet. Ando por acá en Tabasco. Está muy cabrona la nota. Mataron a la mamá y a dos hermanos y a otra señora. Fueron cuatro muertos. No puedo ir para allá. Voy a ir al pueblo de donde era a hacer una nota buena, describir la casa y todo.

No mames, güey. Déjate de chingaderas. Nomás porque el gobierno dice que éste es un héroe ahí vas con toda la manada. No mames, güey. Vente para acá. Dices que fueron cuatro, ¿no?

Sí, está muy cabrón lo que está pasando.

Pues acá acaban de matar a 40 o 60, y nadie lo está cubriendo. Los mataron en un pueblo para la sierra, en un enfrentamiento de la gente del cártel contra los otros. Nomás están sacando unas notas pedorras. Ésta es la guerra de a de veras y nadie sabe nada. Ni el Ejército. Seguro lo están tapando, pero eso es otro cuento. No sabemos ni cuántos muertos hay porque no ha habido periodistas que se lancen para allá. La de Melquisedet es la nota del gobierno; aquí está la guerra de verdad, pero allá andan todos los periodistas hechos bolas. Vente.

No, no puedo, carnal. Pero lo de Melquisedet está cabrón, se fueron contra la familia.

No, pos, sí...

El nudo en la garganta. Algunos periodistas, incluida la televisión local, llegaron al Guamúchil para dar el reporte cuando los policías y los militares les enseñaron el camino. Los reporteros y las autoridades llegaron acompañados del personal de la funeraria Moreh. Dice mi amigo Cayetano Osuna, reportero de *Río Doce* en Mazatlán, que los pobladores de ranchos cercanos se sorprendieron al ver pasar dos carrozas funerarias vacías. “¿Dónde quedaron los muertos? ¿No revisaron a la orilla del río Presidio?”, se preguntaba la gente. Y es que según ellos ¡había decenas de asesinados!

El Guamuchil estaba desolado. Las casas baleadas con roperos revueltos por habitantes que debieron salir corriendo con equipaje ligero. De los retrovisores de 14 carros abandonados colgaban

rosarios, vírgenes de Guadalupe y santas Muertes. En una quebrada como a dos kilómetros del pueblo estaba un camión quemado, donde los empleados de la funeraria Moreh recogieron un cadáver carbonizado. Los empleados de la funeraria esperaban 41 cadáveres. La empresa, en señal del carácter emprendedor del sinaloense, acababa de comprar 100 ataúdes. La filial de Culiacán envió apoyo al puerto: harto formol, 50 bisturís, 50 sábanas. Cuando salió de Mazatlán, el chofer de la carroza dijo que iba por 41 cadáveres. El asfalto estaba mojado y chocó un costado de la carroza antes de salir de Mazatlán. A las nueve horas, regresó, desilusionado, con uno.

* * *

A los sinaloenses, hasta hace muy poco nos daba culpa escribir sobre el narco, porque era atizar la leyenda negra, porque estamos atrapados en una encrucijada ideológica, política y económica. No escribir de narco es engañarnos y escribir desincentiva el desarrollo productivo legal. Como dijo el historiador mazateco Luis Antonio Martínez Peña, acerca de la estrategia de suprimir cualquier referencia de Sinaloa en la promoción turística del puerto: “No debemos olvidar nuestro lado oscuro, el que tiñe de sangre nuestra entidad y hace de ella y su sociedad objeto de duros señalamientos, de comparaciones odiosas que a la postre llevan a que a todos los sinaloenses nos consideren sujetos bajo sospecha”.¹

Mazatlán, normalmente, recibe con jolgorio, pero sobre todo durante el gobierno de Calderón la fiesta acababa donde empezaban los rumores de la guerra. En 2008, por ejemplo, la delicia del paisaje entrañable y familiar de Mazatlán se rompió cuando llegó una vecina apurada un 12 de julio: no debíamos salir de la casa; llegó un grupo armado al centro comercial, la Gran Plaza, mataron a

¹ Arturo Santamaría Gómez, Pedro Brito Osuna y Luis Antonio Martínez Peña, *Morir en Sinaloa. Violencia, narco y cultura*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa, 2009, p. 122.

un comandante de la policía municipal y en la huida tomaron rehenes. Uno días después, vinieron unos amigos a visitarme de la Ciudad de México: hubo balacera frente al hotel. No pudieron dormir bien la primera noche en el puerto. Estas noticias conmueven al puerto más que la elección de reina de carnaval. ¿Por qué sentir culpa al escribir sobre esto? Pues porque sabemos que con eso ahuyentamos el turismo y las inversiones. Participamos del círculo vicioso de falta de oportunidades y entrada al mundo criminalizado. Sin embargo, como dijo Arturo Santamaría, sociólogo residente de Mazatlán, una cosa es reconocer las consecuencias estructurales del pensamiento y otra muy diferente solapar la doble moral y la hipocresía. Es que

la doble moral no estaría en reconocer que la mayoría de los seres humanos, en algún momento de nuestras vidas, ocultamos una conducta no inscrita en nuestro código abierto, sino más bien residiría en la instalación de una doble moral como conducta constante en los individuos o en los grupos sociales. Pero, además de lo anterior, la doble moral resulta gravosa para la sociedad cuando las personas responsables de los asuntos públicos no la reconocen y actúan con ella sistemáticamente.²

Es la paradoja estructural del mundo del narco: la denuncia de los actos para equilibrar mercados criminalizados neutraliza la creación de puertas de escape a su fuerza económica en los márgenes de la economía formal y el Estado. La paradoja estructural tiene en nuestros días tres consecuencias perversísimas, no sólo para la economía mazateca o sinaloense —mal que bien tiene altísimas tasa de ahorro que contrarrestan la falta de inversiones—, sino también para el desarrollo nacional: empuja a que se nos olvide plantearnos qué podemos aportar al país, destruye nuestra confianza en nosotros mismos y anula la posibilidad de habilitar la emoción de la esperanza.

² *Ibid.*, p. 80.

Y eso no sólo nos pasa a los sinaloenses. Tomemos el caso paradigmático de Felipe Calderón. Se ha dicho hasta el cansancio que la guerra iniciada por el presidente Calderón fue basada en encuestas de opinión, y no en una estrategia gubernamental coherente. Incluso él ha reconocido que la premura no le permitió articular una estrategia antes de lanzarse a la guerra. Era lo única opción para empezar su gobierno: crear un enemigo interno ante la imposibilidad de tener enemigos externos, y lo hizo como las derechas estadounidenses. Desde sus primeros discursos en diciembre de 2006 y principios de 2007, Calderón dividió al país entre buenos y malos. Los buenos estaban en su lucha contra el narco, los malos estaban contra él o eran, como dijo su ex secretario de Gobernación, “tonos útiles”.

La trincheras de Calderón se inundó de sangre. Los asesinatos de la guerra que emprendió fueron la principal noticia sobre México en el extranjero durante 2007 y 2008. En el camino, el régimen calderonista olvidó las propuestas, los trabajos para el beneficio del país, las políticas públicas consistentes con cualquier ideal de nación, incluidos los ideales de las derechas. La sangre llegó al cuello de la nación cuando en diciembre de 2008 la revista *Forbes* dijo en un artículo de portada que México era un “Estado fallido”. Territorio, gobierno y población fracasada. Punto. Ya para 2010 hasta la Iglesia católica reclamaba que en México hubiese tanta desesperanza.

Las izquierdas aprovecharon para fortalecer la crítica: nada bueno puede esperar este país de un presidente que arribó bajo la sospecha de un fraude electoral: el país estaba a punto del colapso bajo el gobierno de un presidente espurio. La respuesta de la presidencia y los intelectuales de la derecha no se hizo esperar. En repetidas ocasiones Calderón llamó a los periodistas a no cubrir las matanzas de su guerra. Eran unos exagerados. Pidió que dejaran de ser amarillistas, apologistas de la ilegalidad. El 23 de marzo de 2009, Enrique Krauze escribió una editorial en el *New York Times* diciendo que la cobertu-

ra periodística había caído en la “pornografía de violencia”. Hillary Clinton viajó a México para apoyarlo: la Casa Blanca no creía que México fuera un Estado fallido y el gobierno que representaba se sentía responsable por el tráfico de armas.

En septiembre, Fernando Escalante publicó —como adelanto de un libro— un artículo en *Nexos* en que concluía que la percepción de que la tasa de homicidios había aumentado era falsa: “Entre 1992 y 2007 disminuyeron sistemáticamente, año con año, tanto la tasa nacional como el número de homicidios. La tasa pasó de un máximo de 19.72 en 1992 a un mínimo de 8.04 en 2007”. El libro empezó a circular con una “Presentación” de los jefes de las dos instituciones coeditora, Javier Garcíadiego, presidente de El Colegio de México, y Genaro García Luna, secretario de Seguridad Pública: el estudio de Escalante permitía “confrontar las percepciones sobre inseguridad con la realidad” (*El homicidio en México entre 1900 y 2007*, p. 9). Desde Sinaloa, el librito se leía ridículo. Habían muertos, muchos más de los que el gobierno contaba y muchos más de los que pudo imaginar. Pedro Brito, especialista mazatleco en desarrollo regional de la Universidad Autónoma de Sinaloa, publicó un artículo en que demostraba que el conteo de muertos de Escalante, según cifras también oficiales, era “inconsistente”, “cuestionable”, “no coincide”.

En particular, revisé los datos sobre homicidios cometidos en Sinaloa en el cuadro nacional que presenta Escalante y los comparé con los datos de homicidios dolosos que publica la Procuraduría General de Justicia del Estado de Sinaloa (PGJE), y los resultados son inconsistentes... Según Escalante, de 1993 a 2007 en Sinaloa se cometieron 7561 asesinatos, mientras que la PGJE sostiene que en ese periodo ocurrieron 8982. Tal discrepancia indica que hay problemas con los datos utilizados por el investigador, pues en realidad la cifras que publica la instancia de justicia estatal podrían estar más apegados a la realidad; ello en virtud de que la recopilación de datos sobre homicidios

a nivel estatal está más vigilada por lo medios de comunicación, que también llevan cuenta...³

No todo fue discursos, artículos y libros que, en el ámbito ideológico, apoyaban la postura gubernamental. En octubre, Rubén Aguilar y Jorge G. Castañeda publicaron *El narco: la guerra fallida*, donde argumentan el fracaso de origen de la guerra de Calderón. Aguilar y Castañeda dicen desde el prólogo que Calderón mintió: las drogas no estaban llegando a los hijos de los mexicanos en grandes proporciones; el consumo mexicano es menor que en muchos países latinoamericanos y, por supuesto, mucho menor que el voraz vecino de la embriaguez: Estados Unidos. El presidente dramatizó supuestas consecuencias del narcotráfico en el consumo interno para declarar una guerra por motivos políticos: el deseo de encontrar la legitimidad que no pudo obtener en las urnas.

No puedo estar más de acuerdo con los autores. Sin embargo, sus ideas sobre la violencia desatada por Calderón y sus análisis de la relación con Estados Unidos fue muy limitada. Decían que la corrupción no era más grande que en el pasado y que la violencia no había aumentado tanto en los últimos años. El argumento obviaba el razonamiento económico básico que moldea el mercado de drogas ilegales: cuando el Estado mete más policías aumenta el riesgo e infla los precios de las drogas dando incentivos para que los personajes más violentos y más hábiles en corromper a los gobiernos sean reyes. Con respecto a Estados Unidos afirmaron que deberíamos colgarnos de sus discusiones sobre la legalización de las drogas —en especial de la mariguana— y olvidarnos de denunciar su tráfico de armas. Tengo mis dudas y diferencias analíticas con todos estos planteamientos.

Es evidente la necesidad de empujar una actitud más madura frente a las drogas. Sin embargo, no es posible, desde una perspectiva

³ *Ibid.*, pp. 190-192.

mexicana, sólo empujar desde el movimiento estadounidense para la legalización: es necesario tomar en cuenta las consecuencias de que los estadounidenses legalicen antes que nosotros y a partir de ahí articular una estrategia mexicana. La mariguana para fines médicos ya es legal en California (y por lo menos en otros 14 estados). De hecho, California está percibiendo sustanciales ingresos fiscales de ese negocio. Paradójicamente, el gobierno de Obama sigue enviando dinero, entre otras cosas, para apoyar la militarización de la lucha contra el narco en México, incluyendo el tráfico de la mariguana que tan plácidamente consumen en algunas regiones de su país sin persecución alguna ni estela de sangre. Completo absurdo: mientras los estadounidenses disfrutan de mecanismos para garantizar un consumo responsable que hasta fortalece sus instituciones y recauda impuestos, en México azuzan la guerra. En este tenor, dejar de denunciar el indiscriminado e ilegal tráfico de armas, como dicen Aguilar y Castañeda, es absurdo, injusto, contrario al interés de México: legalizar las drogas antes que nosotros, financiar una guerra contra las drogas en que mexicanos jodidos matan a otros mexicanos jodidos, y mantener el tráfico de armas hacia nuestro país, permite a los estadounidenses sostener este sistema de explotación en que la mayor parte de las ganancias del tráfico de drogas se queda en Estados Unidos, al mismo tiempo que realizan un *outsourcing* de la sangre hacia México, lo que, de paso, mantiene precios altos. Un negocio redondo que no está en el interés de México solapar.

Lo más coherente, dada las circunstancias, sería no esperar a que ellos legalicen mientras nosotros ponemos la cuota de sangre en la espera, sino empujar que la legalización en México se realice antes que en Estados Unidos para tomar ventaja de los nichos de mercado legal que las legislaturas estatales estadounidenses están abriendo allá. También debemos denunciar su tráfico de armas, y aún más: en el proceso, lo justo sería pedir reparaciones a Estados Unidos para resarcir los daños que su guerra por la prohibición de drogas ha provocado, por lo menos, desde los últimos 40 años: pedir reparaciones por una gue-

rra que se ha peleado en nombre de sus concepciones morales frente a las sustancias que ellos más que nadie consumen, por una guerra peleada con las armas que ellos comercializan y producen. Mexicanizar las visiones críticas en lugar de americanizar o “colombianizar” la sangrienta lucha contra el narco, porque más allá de todas las discusiones y polémicas sobre el Plan Colombia (el costo en derechos humanos con cuatro millones de desplazados contrapuesto con el terreno ganado a la guerrilla), hay consenso en una cosa: el Plan Colombia fue un fracaso como política antidrogas. Los grandes cárteles de estructura altamente estratificada y centralizada han sido sustituidos por 600 cárteles llamados *boutique* que tienen tecnologías mejoradas, explotan nuevas rutas geográficas y se abocan a nuevas sustancias. Por eso, en los últimos años, los funcionarios estadounidenses y colombianos venden el Plan Colombia como una operación exitosa de mejoramiento de la “seguridad” y de “reconstrucción nacional” dejando de lado el análisis de cómo estas estrategias aumentan la estructura de desigualdades en el mercado de drogas —hasta ahora— ilegales.

* * *

En el Guamuchil iban buscando al *Chaguín*. Pero es cabrón el *Chaguín*. Está bien morro, no pasa de los 30 años... pero es cabrón, porque por más que lo buscan no han podido agarrarlo. Ya llevaba rato escondido ahí en el Guamúchil. Los pistoleros creyeron que los iban a confundir con pasaje y que lo iban a agarrar de sorpresa, pero nada. Se bajaron y mataron a uno y se pusieron a rafaguear las casas donde supuestamente estaba. Pero nada, que ya se había ido. AK-47, R-15, 9 milímetros en vano. Se les peló.

Se escapó y sólo encontraron un cuerpo. La Agencia del Ministerio Público Especializada en Investigación de Homicidios Dolosos integró un expediente. A principios de enero, María Guadalupe Guzmán Ramírez, jefa del Departamento de Averiguaciones Previas de la

Subprocuraduría Regional de Justicia, concluyó que “sólo se encontró una persona completamente calcinada”. También recordó que un habitante del Guamúchil reportó que asesinaron a Horacio Ríos Osuna de 22 años, cuyo cuerpo fue trasladado a otro pueblo por familiares.

El 6 de enero los pueblos de la sierra recibieron la visita del diputado local panista y ex alcalde de Mazatlán, Alejandro Higuera Osuna, quien regresó con la novedad de que, en La Noria, los habitantes seguían hablando de muchos muertos. Higuera dijo que esta versión no se parecía en nada a la de las autoridades. La jefa del Departamento de Averiguaciones Previas de la Subprocuraduría de Justicia en la zona sur de Sinaloa recalcó que no tenía elementos para asegurar que hubiese más asesinatos, o que los grupos rivales hayan recogido a sus muertitos. Ésas eran versiones no confirmadas. No eran verdad jurídica. También dijo que la investigación sobre armas, cartuchos, cargadores, ropa y equipo militar no le tocaba. Habría que preguntar a la Procuraduría General de la República.

La verdad que se conoce no es verdad mediática ni mucho menos jurídica. La matanza del Guamúchil nunca fue. La confirmación vino de Tepic. El 12 de abril de 2010 a las cuatro de la mañana los vecinos de la colonia San Juan escucharon una balacera. Al menos cuatro helicópteros de la Marina y el Ejército sobrevolaban sus casas. Nunca Nayarit había visto tal movilización. El rumor de que habían matado a un narco sinaloense se esparció. Era Santiago Lizárraga Ibarra, mejor conocido como *el Chaguín*. Se decía ya por la tarde que a mediodía el Ejército todavía no podía tomar el control en la casa donde estaba *el Chaguín*, porque había hombres armados que mantuvieron rehenes. Combatieron hasta el fin. Se decía que el operativo lo habían mandado desde la Ciudad de México sin avisar a las autoridades locales, incluido el gobernador.

En Mazatlán corría el chisme de que *el Chaguín* había caído. A las pocas horas, el ambiente de fiesta en el malecón de Mazatlán empezó a tomar vuelo entre los ganadores de la batalla. La brisa invitaba a los mazatlecos a ir a la playa, quizá a correr un poco por el mar, a cami-

nar para ver y ser vistos. En el estacionamiento del Sumbawa —una discoteca justo frente al mar en uno de los límites de la bahía— empezaba a formarse ambiente de gran fiesta. Llevaron cerveza para todos. Quien quisiera llegar a la celebración era bienvenido. Dicen que había pisto hasta para llevar. Armaron un templete. Habría banda y toda la cosa; la Cruz de Oro tocó los corridos de los ganadores. Fiesta de pueblo en el puerto. Había que celebrar el triunfo del día. La fiesta, en grande, duró hasta las siete de la mañana. Muchos mazatlecos llegaron, ¿qué habría que temer? La baraja ya estaba echada. Si otros creyeron que podían asomar la cabeza de la sierra, estaban equivocados. Aquí los que mandan ya son otros y tienen al gobierno de su lado. Muchos otros no llegaron, porque el miedo es mucho y uno nunca sabe. Hoy ganan estos, pero mañana pueden perder. Uno nunca sabe hasta donde puede cabalgar la venganza. En cualquier momento se podía armar la bronca. ¿Se podrán volver a unir los sinaloenses? Muertos van y muertos vienen. No sabemos qué pueda pasar.*

Mazatlán, Sinaloa, agosto de 2010.

* El sopor del verano mazatleco en 2010 nos tiene medio ahogados. No nos queda nada más que observar desde el jolgorio de la vida maleconera cómo se desesperanza el país y repetir como mantra que, como dijo un prócer en Tampa, las palmas son novias que esperan.

Sobre los autores

Emiliano Ruiz Parra

Nacido en la Ciudad de México en 1982. Pertenece a la generación que ha visto, en menos de tres décadas, un sismo devastador, cuatro crisis económicas, fraudes electorales, una transición inconclusa y una guerra mafiosa en su país. Reportero de temas políticos y sociales, estableció en *Reforma* el récord del texto más largo publicado en la historia de ese periódico, “Morir por Pemex, tragedia en la Sonda de Campeche”, finalista del premio de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) 2010, del que se presenta en esta antología una versión corregida y actualizada. Con estudios de letras hispánicas en la UNAM, y formado en el rigor de la nota diaria —en coberturas de campañas presidenciales, protestas sociales y debates legislativos—, Emiliano se ha inclinado por el periodismo narrativo. Becado por el Consejo Británico, en 2009 se mudó a Londres a estudiar una maestría en filosofía política en University College London. Actualmente escribe un *blog* en *Gatopardo*.

Pablo Ordaz

Nació en Sevilla en 1965. Desde 1989 escribe en *El País* y desde 2008 es corresponsal de ese diario en México. Es autor de

SOBRE LOS AUTORES

tres libros: *Crónica negra del Prestige* (Aguilar, 2003), *Voto de castigo* (Debate, 2004) y *Los tres pies del gato* (Aguilar, 2007).

José Luis Martínez S.

Nació en la Ciudad de México en 1955. Es director del suplemento cultural Laberinto del periódico *Milenio Diario*. Desde hace 31 años ha escrito acerca de música, cine y literatura en periódicos y revistas nacionales —actualmente publica su columna “El Santo Oficio” en la revista *M Semanal*—. Es coautor del libro *De la región al mundo* (Gobierno del Estado de México, 2005) y autor de *La vieja guardia. Protagonistas del periodismo mexicano* (Mondadori, 2005). Ha ejercido la docencia en la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Aragón de la UNAM y en la escuela de periodismo Carlos Septién García, y ha impartido talleres de crónica, reportaje y periodismo cultural en diferentes ciudades del país. Es maestro en administración de la educación por la Universidad de Lima y fue editor en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM.

León Krauze

Es redactor de la revista *Letras Libres* (donde apareció publicada esta crónica), columnista en *Milenio Diario*, conductor de la segunda emisión en W Radio y del noticiero estelar de Foro TV, así como autor de la novela *El vuelo de Eluán*.

Arturo Rodríguez García

Originario de Saltillo, Coahuila. Es corresponsal de la revista *Proceso* en Coahuila y Nuevo León. Fue conductor de noticieros en Grupo ACIR Saltillo y editorialista de diferentes diarios en

Coahuila. En 2009 publicó el libro *Nuevo León: los traficantes del poder*, en Oficio Ediciones.

Alejandro Almazán

Nació en Ciudad Chilango el mismo año en que murió Jim Morrison y se estrenó *Harry el sucio*. De ambos personajes no tiene nada, salvo que le gusta el rock y desde hace varios años cuenta historias del México violento. Con tres de ellas ha ganado el Premio Nacional de Periodismo en la categoría de crónica: *Lino Portillo, asesino a sueldo* (2003), *Cinco días secuestrada, cinco días de infierno* (2004) y *Un buchón no se retira, sólo hace una pausa* (2006). Tiene otros reconocimientos: mención honorífica en el Premio SIP y ganador en 2008 en el Premio Nacional Rostros de la Discriminación. Según él, los premios no hacen al hombre ni mejor ni peor reportero, pero sí mejor y peor persona. Y una mala persona, dice parafraseando a Ryszard Kapuscinski, no puede ser buen periodista.

Con Kapuscinski, precisamente, Alejandro tomó un taller en Venezuela, otro con Alma Guillermoprieto en Cartagena, y uno más con Sergio Ramírez, también en Colombia, todos por parte de la Fundación de Gabriel García Márquez. Alejandro es coautor del libro *La victoria que no fue* (2006, Grijalbo); *Gumaro de Dios, el caníbal* (Mondadori, 2007), *Placa 36* (UNAM, 2009), y su primer novela se llama *Entre perros* (Mondadori, 2009). Una cosa más: no le gusta el fútbol, pero sí lee a Juan Villoro, a Martín Caparrós y a Santiago Segurola.

John Gibler

Autor de los libros *México rebelde: crónicas de poder e insurrección* (Debate, 2011) y *Morir en México: crónicas de la narcoguerra* (City Lights, 2011).

SOBRE LOS AUTORES

Alejandro Cossío

Alejandro Cossío nació en 1973 en Los Mochis, Sinaloa. Cuando tenía 10 años de edad, su familia se mudó a Tijuana. Su formación universitaria la hizo en la Universidad Autónoma de Baja California, donde estudió la carrera de comunicación y donde conoció de cerca a uno de los grandes amores de su vida: la fotografía. Aún no terminaba la carrera y ya había conseguido trabajo de fotoperiodista en el semanario *Zeta*, dirigido en ese tiempo por su fundador, el legendario periodista Jesús Blancornelas. Alejandro sigue en *Zeta*, ya tiene 13 años trabajando para esta publicación y también lo hace como *freelance* para otras revistas y agencias internacionales. En 2010 fue galardonado con el Premio Nuevo Periodismo CEMEX+FNPI, con el trabajo *México en el punto de quiebre*, que se presenta en este libro.

Daniel de la Fuente

Nació en Monterrey en 1976. Egresado de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), es reportero desde 1995 y se ha especializado en literatura y narrativa periodística. Ha sido becario de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano y del Centro de Periodismo Digital.

Actualmente es reportero de la sección “Perfiles e Historias” del periódico *El Norte*, perteneciente al Grupo Reforma, y es titular desde hace una década de una columna de reseña literaria en la sección “Arte” de este diario.

Diego Enrique Osorno

Reportero de *Milenio* desde 2000. Colaborador de la revista *Gatopardo* y autor de tres libros publicados en la editorial Grijalbo: *Oaxaca*

SOBRE LOS AUTORES

sitiada. *La primera insurrección del siglo XXI* (2007), *El cártel de Sinaloa. Una historia del uso político del narco* (2009) y *Nosotros somos los culpables. La tragedia de la Guardería ABC* (2010). Además es coautor de *Venezuela dijo no* (2005), editado por el Instituto del Libro Cubano. Ha sido profesor de la Escuela de Periodismo Carlos Septién y ha publicado en *Indymedia*, *Nexos*, *Replicante*, *Letras Libres*, *Travesías*, *Narco News* y *Vuela*. Es acordeonista del grupo Los Rebeldes de la CROC.

La crónica publicada aquí, apareció en la revista *Chilango* y está en preparación para ser llevada al cine.

Ángeles Magdaleno

Historiadora, originaria de Teocaltiche, Jalisco, egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde también cursó el Seminario Hacia la Estructuración del Pensamiento. En la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la misma universidad, se diplomó en Seguridad Nacional y Gobernabilidad. En 1997 comenzó su trabajo como investigadora en el Archivo General de la Nación, en el Fondo Gobernación Secciones: Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales, Dirección Federal de Seguridad, y en el Fondo Presidentes.

Como asistente de investigación de Sergio Aguayo Quezada, en el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México, realizó la investigación documental de los textos: “1968. Los archivos de la violencia”, “La charola, una historia de los servicios de inteligencia en México” y el inventario general de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales (1920-1982).

Jesús Ramírez Cuevas

Periodista, analista y escritor. Colaborador de *La Jornada* desde 1996 y corresponsal en Chiapas para Reuters y AP (1994-2000).

SOBRE LOS AUTORES

Ha cubierto para *La Jornada* movimientos sociales en México y Europa, documentando en especial el altermundismo. Ha colaborado con crónicas y reportajes para revistas y periódicos de varios países y ha sido productor y director del programa de televisión *La verdad sea dicha*.

Es coautor con Carlos Monsiváis de *Historia de los movimientos sociales de la Ciudad de México* (Secretaría de Educación del Distrito Federal, México, 2008). Textos suyos han aparecido en diversos libros como *Marcos, el Señor de los Espejos*, de Manuel Vázquez Montalbán (Aguilar, España, 2000); *El otro jugador* (Ediciones La Jornada, México, 2002), y *La autonomía posible (Reinvención de la política y emancipación)* (UACM, México, 2009). Fue ganador del primer Concurso Iberoamericano de Documentales en Video *Contra el Silencio Todas las Voces*, 2000, en la categoría de movimientos sociales.

Daniela Rea Gómez

Reportera egresada de la Universidad Veracruzana. Comenzó sus actividades periodísticas en Veracruz y Reynosa. Actualmente trabaja en el periódico *Reforma* donde escribe sobre temas de desarrollo, derechos humanos y conflictos sociales. Ha colaborado con las revistas *Replicante* (México) y *Etiqueta Negra* (Perú). Recibió el Premio Reflexión sobre Derechos Humanos 2003, entregado por la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, y participó en la Exposición de Fotoperiodismo 2010 con el trabajo *Migrantes*.

Froylán Enciso

Nació en Mazatlán, Sinaloa, en 1981. Ahí creció mientras caminaba por la playa y conversaba con amigos sobre su común y rematada resistencia a perder la capacidad de indignarse. Con la esperanza de madurar, se mudó a la Ciudad de México en 1998 para estudiar

relaciones internacionales en El Colegio de México. Al terminar la licenciatura, estaba convencido de que no se reproduciría, aunque sabía que algún día iba a morir. Quizá por eso incursionó en el periodismo durante los primeros años del siglo XXI y luego lo dejó para volverse académico.

Actualmente cultiva un heterodoxo amor por el buen periodismo y trabaja en la State University of New York at Stony Brook para obtener un doctorado en historia. En el camino, ha publicado más de 30 textos académicos. Sus publicaciones incluyen un reciente capítulo titulado “Los fracasos del chantaje: régimen de prohibición de drogas y narcotráfico en México” en la masiva colección de libros *Los Grandes Problemas de México* que, en octubre de 2010, fue calificada por el señor Felipe Calderón como “uno de los análisis más útiles, más rigurosos, más actualizados sobre los enormes y complejos desafíos que enfrenta el país”.

Índice

Introducción. Este libro no es una fosa común.	11
Diego Enrique Osorno	
El naufragio de las <i>mandarinas</i>	33
Emiliano Ruiz Parra	
La muerte imparabile	57
Pablo Ordaz	
La carnada	69
José Luis Martínez S.	
Los niños de junio	81
León Krauze	
Los negocios de la muerte	93
Arturo Rodríguez García	
La tropa loca	121
Alejandro Almazán	
Afán de impunidad	139
John Gibler	
México en el punto de quiebre	167
Alejandro Cossío	
Solos ante la muerte	169
Daniel de la Fuente	

ÍNDICE

Muerte súbita	191
Diego Enrique Osorno	
Tres veces... Misael	215
Ángeles Magdaleno	
Camino a la barbarie (la voz de las víctimas)	231
Jesús Ramírez Cuevas	
Nadie les pidió perdón	251
Daniela Rea Gómez	
La matanza que nunca fue	279
Froylán Enciso	
Sobre los autores	307